

MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS EN LA CATEDRAL

8 de junio de 2016

Hermanos:

Agradezco de todo corazón vuestra presencia en esta celebración eucarística en la que damos gracias a Dios por estos tres años de mi ministerio episcopal y treinta y seis de mi ordenación de diácono. Permitidme que agradezca de modo especial la participación de los sacerdotes del Arciprestazgo de Avilés a cuyo arciprestazgo estaba vinculado cuando el Santo Padre Francisco me eligió para ser obispo. Sé que siempre he contado con vuestro aprecio y con vuestra oración; pero este gesto que habéis tenido de venir a visitarme en este día tan especial me lo demuestra con creces. Muchas gracias.

Quiero agradecer también a vosotros queridos diocesanos de Astorga vuestra oración y vuestra presencia en esta celebración, especialmente al Cabildo Catedral y a los demás sacerdotes, a los religiosos y fieles laicos. No me canso de agradecer una y otra vez la fraternal acogida que me dispensáis. ¡Dios os bendiga y os guarde en su amor!

Muchas veces en la vida he invocado al Señor muchas veces con el salmo que acabamos de repetir: “Protégeme Dios mío, que me refugio en Ti” (Sal. 15) Doy testimonio de que el Señor me ha escuchado y ha sido mi refugio, mi escudo y baluarte donde me he puesto a salvo. Pero de manera especial he comprobado su protección durante estos últimos tres años de ministerio episcopal. Él ha sido mi protección en la enfermedad, en la tentación, en la duda, en el miedo y la angustia ante lo nuevo, en cualquier circunstancia adversa. Él me ha amparado y me ha guardado como “a las niñas de sus ojos”. En Él me he refugiado en sus entrañas de misericordia y me ha cobijado bajo el manto de su gracia. ¡Bendito sea el Señor por siempre!

Desde el comienzo de mi ministerio he buscado como el bien principal y primero al Señor. Él es ese bien supremo que viene de lo alto y que siempre es una gracia inmerecida. Un bien que es necesario alcanzar como se gana una copa en un campeonato; pero que al mismo tiempo es un don, una heredad no merecida. Estoy convencido que el mismo Señor que nos llama a servirle como ministros de su Pueblo nos

da su gracia, gracia abundante como la que derramó sobre la Virgen María para desempeñar la función de madre. No tengamos nunca miedo a decir que sí a Dios cuando nos llama a una nueva misión porque, si es de verdad cosa suya, nos dará su gracia para que podamos llevar a cabo la tarea y alcanzar las metas que él mismo nos propone.

Sí, el Señor es el lote de mi heredad y mi copa. No busco otra cosa, otra gloria, otra meta que ayudar a todos los hombres y mujeres con los que me encuentre a descubrir a Dios en su vida para que puedan alabar, bendecir y santificar su nombre con todos los demás creyentes. Creo que esta es la gran tarea que en estos momentos tenemos ante nosotros: Ayudar a las personas a creer en el verdadero Dios para que sean felices. Es una de las nuevas obras de misericordia que os proponía en mi carta pastoral. Os decía: “Verdadera obra de misericordia es ayudar a descubrir la fe en Dios a quien no la tiene o la ha perdido. La apertura a la trascendencia anida en el corazón de todo hombre. El vacío de la vida sin Dios condena al hombre a una insatisfacción triste, a una sed nunca colmada, a un ansia que la acumulación de riquezas, placeres, vías de escape que no pueden llenar... La Nueva Evangelización a la que nos llama la Iglesia nace del amor misericordioso de Dios que quiere ser conocido y amado, nace de la necesidad que nuestra sociedad tiene de encontrar en la relación con Dios el verdadero fundamento de la dicha y la bienaventuranza. Los discípulos de Jesús hemos de ser misioneros por amor al mundo, porque el mundo encerrado en sí mismo nos necesita”

Estoy convencido que nuestros conciudadanos que han perdido la fe o que nunca la han tenido reconocerán al Señor si nuestra vida deja traslucir que sólo en Dios ponemos nuestra confianza. Sólo si mostramos con palabras y obras y que sólo Dios y su amor misericordioso nos basta. Cuando el Señor es nuestra heredad y nuestra copa, Él es también nuestro descanso porque sólo Él colma nuestras ansias y nos hace felices.

El salmista concluye diciendo: “Mi suerte está en sus manos, con él mi derecha no vacilaré”. Si confiamos en el Señor como nuestro bien supremo, estamos a salvo siempre y el futuro pasa de ser una incógnita y un misterio a ser el tiempo de Dios en el que él se hará presente. Por la fe en la promesa de Jesús estamos seguros de que Él siempre estará con nosotros hasta el final de los tiempos. Esto nos da una gran

seguridad de cara al futuro porque pase lo que pase el Señor nos indicará el camino que hemos de seguir. Confiemos en Dios, en sus consejos, en sus consuelos, en su misericordia. Él nos enseña el camino de la vida, nos instruye incluso cuando dormimos para que caminemos siempre en su presencia y pueda saciarnos de gozo y de alegría.

El día de mi ordenación episcopal se celebraba la memoria del Inmaculado Corazón de María. Ella recibió en su seno a Cristo, el don y la heredad más grande y en su presencia María se llenó de un gozo tan inmenso que ante Isabel proclamó a voz en grito las maravillas del Señor. Que ella nos siga protegiendo con su intercesión como Reina y madre de los Apóstoles.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga